

Psicoanálisis y Neurociencias

Sujeto, Ética y Política

por Lic. Iván Álvarez

Sujeto

René Descartes sienta las bases de la **Modernidad** allá en 1637 cuando publica su *Discurso del Método*, en el cual manifiesta la presencia del *subjectum*, aquel ente que subyace a todo lo existente. Es ése el que puede *ser* sólo a partir de la *duda*: *Cogito, ergo Sum*. Punto de partida para que la realidad se constituya por fuera de él, y se transforme en un objeto de estudio. Nace la distancia esencial entre el sujeto y el objeto. Luego de atravesar un extenso derrotero en la Filosofía y la Epistemología, en el que se destaca el encuentro con el Empirismo y el Positivismo anglosajón, se llega al sujeto de la ciencia, aquel que se ocupa de estudiar la realidad como objeto, para producir saber. Un saber que puede ser compartido, y pretendidamente *democrático*, al poder ser generado por cualquiera que aplique los métodos correctos.

Esta es la relación entre sujeto y objeto que prevalece en las Neurociencias: el científico conociendo, explorando, sometiendo un objeto: el cerebro. A partir del trabajo que realiza sobre él podrá saber qué es y cómo funciona su objeto, volviéndose así la realidad predecible. Si realizamos luego aquello que hoy en día se está transmitiendo como *natural*, que es extrapolar el conocimiento de un órgano sobre el que podamos tener sobre lo humano, tendremos que el objeto de estudio que se vuelve calculable y predecible es el hombre mismo, y todas sus conductas.

Descartes estableció en la historia que el saber puede ser *humano* – ya no exclusivamente Divino – a partir de la duda, de ese proceso que nace y se estructura en la consciencia. En esta lógica jamás podría haber saber si no es consciente. Esta postura llega a su máxima expresión con W. Hegel, quien llega a establecer la consciencia o el espíritu absoluto que determinaría la aprehensión toda de la realidad. Con él la realidad se vuelve sujeto, y el sujeto se vuelve real. Sobre este sujeto, sin embargo, y tomando el concepto de *negatividad* del mismo Hegel, uno de sus más inquietos y brillantes estudiosos produce un vuelco decisivo: existe en lo humano algo que funciona sólo, algo que va más allá y causa un *agujero* en el saber consciente: una pulsión de apoderamiento. Ese discípulo será F. Nietzsche.

Este filósofo tan particular de fines del siglo XIX ejercerá significativa influencia sobre quien generará una de las mayores heridas narcisistas al Hombre, y subvertirá el modo de pensarlo, de comprenderlo y de atender su sufrimiento: Sigmund Freud. Nietzsche postula en el hombre una fuerza que lo mueve a accionar en el mundo, refractaria a la razón. Plantea que el hombre está guiado, movido por esa fuerza – a la cual le da el nombre de pulsión – que no puede sujetarse a la consciencia, emergiendo de este modo Otro tipo de saber. Movimiento filosófico y epistémico trascendental, ya que ahora entonces existe un

saber que va más allá de la consciencia: aquel sujeto unificado y unificante cartesiano se parte, se divide en dos. Eso mismo encuentra Freud en su clínica con unas *endemoniadas* mujeres: las histéricas. Aquellas consideradas *mentirosas* por los hombres de la ciencia decimonónica, son pensadas por Freud más bien ahora como exponentes de esa división trascendental.

A partir de la consideración de fenómenos patológicos – síntomas – y de otros, como los sueños, actos fallidos, lapsus y olvidos, Freud llega a promover una división estructural en el sujeto. Con Freud nace un sujeto que se distingue por la imposibilidad de hacer *uno* consigo mismo, habitándolo más bien una escisión estructural. A partir de lo cual, entonces, existirá una parte de sí mismo que funcione sola, con sus propias leyes, y que no podrá ser alterada por la consciencia: el *inconsciente*. Destacándose en este último dos características fundamentales: a) tiene un funcionamiento propio a través de las combinaciones simbólicas; b) el motor que lo anima es una falta fundamental que escapa a la determinación y al cálculo simbólico. Así, el sujeto del Psicoanálisis está dividido, barrado (\$) y causado por un objeto bien particular (a).

Ética e Inserción Socio-Política

Íntimamente relacionada con la ética nos interesa ahondar en el vínculo que mantienen las Neurociencias, por un lado, y el Psicoanálisis por el otro, con la realidad socio-política que la circunda, de la cual forma parte, y lógicamente también la cual con-forma.

Bien lejos estamos del siglo XVII en el cual promover ciencia era obtener la sanción de *subversivo* o *hereje*, recibiendo un feroz castigo social y político por parte del poder, obteniendo el exilio, cuando no la muerte misma. En un mundo occidental habitado y controlado por la Iglesia Católica disputar el saber era discutir el poder, lo que era premiado con represión. A partir de esos años, y con el trabajo de verdaderos *subversivos* que comenzaron a esmerilar el orden social, la ciencia comienza a ganar un lugar de prestigio, desbancando gradualmente a la Iglesia como centro de saber. Es así que a partir de movimientos como el Renacimiento y la Ilustración el saber empieza a ser monopolizado por la ciencia, llegando a convertirse los *científicos* en aquellos que pretendidamente mejor describen la realidad.

Así como el científico fue en su momento un aguerrido cuestionador de la realidad social, convirtiéndose por ende en un importante actor político, hoy pasa a ser más bien uno de los principales defensores, al encontrarse en la cúspide de la valoración. La Neurociencia es actualmente el actor que goza del prestigio de lo incuestionable. Lo que ella promueva o enuncie será tomado como verdad revelada: *Dios se ha puesto un guardapolvo blanco*. Por ende, y a partir de este lugar, jamás podrán formar parte las Neurociencias hoy de un movimiento social *subversivo*, que proponga pensar, cuestionar el orden establecido. Más bien se encuentran formando parte del sistema de reproducción social, estructurado por el capitalismo, dentro del cual trafican su saber, nacido a partir de Investigaciones financiadas y promovidas por este mismo.

Por otro lado la ética y la lógica que guía a las Neurociencias se adapta perfectamente al mundo actual al ocuparse de generarle saber cómodo, *listo para usar*, a la masa sufriente y consultante, provocándole un agradable aplastamiento al espíritu crítico de quien quiera hacerse algunas preguntas trascendentales para su vida. Las Neurociencias responden perfectamente a la lógica de la *demanda*, colocándose en el lugar de *poder/saber* ante una consulta. Si surge un disconformismo en algún habitante del sistema, y lo plantea a un representante privilegiado del mismo, obtendrá una respuesta inmediata. Se obtendrá tal incomodidad con una palabra de saber, o a través de un medicamento que elimine o mitigue la angustia resultante del encuentro con el agujero en el Otro del *saber/poder*. Y es que en este orden de cosas es más fácil, cómodo y menos peligroso tomar el malestar como una cuestión personal a subsanar, que plantearle al sistema un cuestionamiento a su funcionamiento. De aquí que proliferen libros de Autoayuda, *mindfulness*, terapias breves, que sólo busquen la adaptación del reproductor social – que no cuestione la pirámide establecida –, o el entretenimiento represor con *cara de bueno* (juegos, deportes, redes sociales) que ahogue la inquietud y la angustia que puede conducir a la masa a preguntarse si el malestar, en vez de ser individual y privado, no será consecuencia del modo en el que está armado el sistema mismo.

A contramano de lo descrito la ética que estructura al Psicoanálisis es fundamentalmente la de la pregunta, la del cuestionamiento al Otro. Mal puede ser considerado apto entonces para el Sistema de reproducción social. Al enunciar que la ética que lo anima es la del deseo, estamos indicando que no es el analista aquel que responda a la *demanda*. Esto lo coloca en una posición de incomodidad, ya que una persona que padece va en busca de una solución a su problema, pero una solución que no lo haga pensar en demasía ni trabajar en la cuestión que lo agita, de modo de no ser sometido a realizarse preguntas acerca de su *estar-en-el-mundo* referido a lo que realmente quiere y espera de esta vida. Nada de eso, el consultante espera del profesional que le dé la receta o el medicamento que le permita readaptarse nuevamente a su habitual y ordinaria existencia. Por otro lado, como el Psicoanálisis no está estructurado por una lógica de respuesta a la *demanda*, tampoco puede formar parte de la ética utilitarista. ¿Qué lugar ocupa o qué función cumple un analista o un psicoanálisis? ¿Habita este sistema para *arreglar* al consultante para que pueda retornar lo antes posible a reproducir como *esclavo* las mercancías que el amo del sistema exige?

Si en el sistema de reproducción social vigente priman la optimización de recursos y el utilitarismo, el Psicoanálisis está condenado a ocupar un lugar marginal, por su estructura misma. En tal sistema cada acción o praxis debe ajustarse a un fin determinado, quedando un cero como resto. En el caso de las Neurociencias su fin máximo de saber debe ser aplicado generando cada vez más conocimiento sobre su objeto de estudio. Conocer cada vez mejor el cerebro para predecir su actuar – lo mismo ocurriría con el portador del órgano mismo. Trasladado luego al plano de la atención de Salud mental, debe actuar todo aquel que aplique las Neurociencias proveyendo y brindando salud a cualquier consultante. El saber resultante de las investigaciones de las Neurociencias

debe servir, debe ser utilizado para que el sistema funcione cada vez mejor, para que el sistema se siga reproduciendo, y los hombres que lo componen, adaptados al mismo. El método podrá ser variado: *terapias de autoayuda, de ensanchamiento de la consciencia o psicofármacos.*

El psicoanálisis, en cambio, no cumple ninguna función social, por eso es que no contribuye a la reproducción del sistema, sino más bien todo lo contrario. En principio el objeto de su praxis no guarda ningún tipo de consistencia: ya que el sujeto no está conformado por ninguna sustancia aprehensible en una descripción; a la par que el objeto no forma parte de la tridimensionalidad que conforma el mundo físico que pueda considerar la ciencia. A lo cual se suma que la ética que lo anima no conduce a la reproducción social, sino más bien al cuestionamiento, a la pregunta por el deseo que habita al hablante, quedando perpetuamente un resto en tal operación. Mal puede entonces el psicoanálisis abonar al utilitarismo reinante y a la optimización de tiempo y recursos anhelada.